

DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL A LA CRISIS ACTUAL CÓMO PODEMOS RECUPERAR EL SUEÑO EUROPEO

Nire hitzalditxoaren helburuak bi dira: Europaren ideia bilakaera labur azaltzea eta identitate europarraren inguruko nire hausnarketak zuekin konpartitzea. Ondorioz, nire aurkezpenak bi zati izango ditu. Lehenengoan, Bigarren Mundu Gerraren ondoren Europa batu baten aldeko proiektuak izan zuen gorakadaren arrazoiak aztertuko ditut eta proiektu hori aurrera eramateko ikuspegi ezberdinetaz hitz egingo dut; eta bigarrean, nortasun europarren inguruko nire hausnarketak azalduko dizkizuet.

1. El auge de la idea europea tras la Segunda Guerra Mundial

Si bien el punto de partida de la actual Unión Europea se establece tradicionalmente en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, necesariamente he de mencionar que la idea de Europa, como concepto que engloba la unidad del continente, se retrotrae hasta finales del siglo XIV-comienzos del XV. Los grandes descubrimientos geográficos de entonces favorecieron el hecho de que Europa se descubriera a sí misma como una unidad. Fue a partir del Renacimiento cuando los términos “Europa” y “europeo” se fueron generalizando.

Desde entonces hasta la Primera Guerra Mundial existieron planes europeos de distinta índole. Pero fue esta guerra la que supuso el inicio del debate acerca de la oportunidad y posibilidades de una unidad europea. ¿Por qué? Porque la guerra reveló que Europa había perdido la posición central en el contexto mundial y que había dejado de ser la representante de los valores de una civilización. Debido a esta situación, se fue extendiendo la convicción de la indispensable unidad del continente para evitar nuevos conflictos internos y recuperar el papel protagonista de Europa.

Sin embargo, no fue hasta el final de la Segunda Guerra Mundial cuando germinó el deseo de pasar de la teoría a la práctica, de proceder a una real construcción europea. De nuevo la pregunta ¿Por qué? Para responderla hemos de tener en cuenta el contexto histórico y, en concreto, dos factores determinantes: la crítica situación europea tras dos guerras prácticamente consecutivas y el sistema de bloques abierto a partir de 1947.

La Europa que emerge entre las ruinas de la Segunda Guerra Mundial es una Europa rota y profundamente marcada por el impacto de la contienda, cuyas consecuencias humanas y materiales resultaron catastróficas. No olvidemos que el continente había sido uno de los principales campos de batalla durante el conflicto. Europa parecía cada vez más pequeña entre las cada vez más grandes potencias triunfadoras: EEUU y la URSS. En este contexto de debilidad, la opinión pública europea necesitaba más que nunca reafirmar su identidad propia, consolidar la cultura y la personalidad europea. Y ello hizo que el espíritu de unión fuera cobrando cada vez mayor impulso. Por doquier, surgieron en esos años movimientos y organizaciones de carácter privado que apostaban por una Europa unida y fuerte que pudiera recobrar el protagonismo de antaño frente a esas dos grandes potencias.

Prácticamente surgió una organización europeísta por cada corriente política europea. Una de estas organizaciones fueron los NEI (Nuevos Equipos Internacionales), la más importante



organización democristiana a nivel europeo. Este organismo se fundó en 1947 y uno de los partidos fundadores fue el Partido Nacionalista Vasco (PNV).

La existencia de tantos y tan diversos grupos en cuanto a doctrinas, métodos y aspiraciones, hizo imprescindible un esfuerzo de coordinación. Por esa razón, la mayoría de los organismos pro-europeístas constituyeron un Comité Internacional de Coordinación, que fue el encargado de convocar una Conferencia en La Haya, entre los días 7 y 10 de mayo de 1948. Participaron en la misma unos setecientos cincuenta u ochocientos delegados y observadores. Entre ellos, el lehendakari José Antonio Aguirre, Francisco Javier Landaburu y Juan Carlos Basterra en representación del Gobierno Vasco, que pudieron participar gracias a su pertenencia a los NEI y a la Unión Europea de Federalistas. Otros vascos presentes en la asamblea fueron el socialista Indalecio Prieto y su amigo Lezo de Urreztieta (del sector nacionalista radical *Jagi-jagi*).

En el Congreso quedaron claras las insalvables diferencias entre dos enfoques muy distintos, entre “unionistas” y “federalistas”. El núcleo del sector unionista lo conformaban los británicos; los federalistas provenían principalmente de las delegaciones francesa, italiana, belga y neerlandesa así como de grupos sindicales. Los unionistas eran partidarios de acuerdos puntuales intergubernamentales. Los federalistas buscaban mayores cotas de integración. Pero también los propios federalistas, que compartían el objetivo a alcanzar, diferían en cuanto al método. Unos, los funcionalistas, proponían la constitución de un vínculo federal y un conjunto económico que requería la transferencia parcial de soberanías nacionales. Otros, relacionados con el federalismo integral, eran partidarios de mayores niveles de integración y defendían que la construcción europea debía estar sustentada no sobre Estados, sino sobre “entidades naturales” o “entidades menores”. Para ello, requerían la modificación de la estructura interior de los Estados miembros. Estos desacuerdos entre unionistas y federalistas, y entre los propios federalistas, serán una constante en todo el proceso de integración europea. Mientras los grupos no gubernamentales abogaron por una federación, los gobiernos dificultaron continuamente los procesos de supranacionalidad, eligiendo métodos de cooperación intergubernamental y desechando fórmulas de verdadera integración.

Ejemplo claro de ello fue lo que sucedió con el Consejo de Europa. Nació en mayo de 1949 y fue la primera institución oficial europea. Debido a las reticencias del Reino Unido, nació como órgano consultivo, carente de poderes de intervención. Las discusiones en torno al carácter del Consejo evidenciaron las diferencias entre los que rechazaban cualquier cesión de su soberanía nacional, y aquellos otros partidarios de una unión supranacional, con transferencia de soberanía. El primer asalto, el del Consejo de Europa, no fue favorable a los federalistas. Sus exigencias quedaron al margen.

A pesar de todo, la Conferencia de La Haya, aun siendo iniciativa privada, supuso un importante espaldarazo al proceso de construcción. En mayo 1950 el ministro francés de Asuntos Exteriores Robert Schuman dio a conocer su famoso plan, –inspirado por Jean Monnet–, considerado el paso siguiente en el proceso de construcción europea. Fruto de esta propuesta fue el nacimiento de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). El proceso de integración se iniciaba así aplicando un modelo sectorial, que dejaba ya completamente al margen a los partidarios de una integración global.

En la década de los 50, la guerra de Corea y el temor de los europeos a que el sistema de bloques produjera a un nuevo conflicto armado, favorecieron una opinión generalizada a favor de la distensión. Esta actitud de moderación, junto a la recuperación económica y el inicio de un proceso de desarrollo y estabilidad social, dieron como resultado una Europa reforzada tanto política como económicamente. Este contexto es el que sirvió de fondo a un proceso de integración europea que, en esos diez años, dio pasos decisivos, consolidando así un camino que ya no tendría vuelta atrás. En estos años quedan apuntalados los pilares del edificio europeo. En 1957 tras la firma de los Tratados de Roma nacieron la Comunidad Económica Europea y el Euratom. A partir de entonces, el proceso, aun atravesando momentos difíciles (como la política de “silla vacía” llevada a cabo por De Gaulle en los sesenta o las sucesivas renegociaciones británicas...) ha seguido avanzando y abriendo sus puertas a más miembros.

Los pasos dados (la ampliación a más países, la creación de un mercado único, la libre circulación de personas y bienes, la introducción del euro...) han convertido a la Unión Europea en un actor político importante a nivel mundial, aunque todavía no pueda ofrecer unidad en algunos ámbitos, como las relaciones internacionales, la política exterior o la seguridad.

2. La identidad europea hoy

El momento actual de crisis y euroescepticismo, es un momento propicio para preguntarnos si Europa está cada vez más unida desde el punto de vista social y cultural o si, por el contrario, está cada vez más dividida.

Una cosa está clara. Lejos ha quedado el sueño de los federalistas integrales, aquellos que apostaban por una integración que fuera algo más que un intercambio de intereses entre países. Se han dado pasos pero las directrices económicas son las pilas del marcapasos europeo, porque, en mi opinión, Europa sigue careciendo de corazón. Dice la catedrática en ciencia política Montserrat Guibernau que la identidad europea es una identidad "no emocional". Estoy de acuerdo. Son muchos los ciudadanos europeos, sobre todo jóvenes, que reconocen no sentir esa identidad europea. Ellos ligan Europa con burocracia, con poderes económicos, con interés y egoísmo de los Estados miembros, con capitalismo desmedido, con temor a contradecir los dictados de las grandes potencias, con escasa capacidad resolutive...

Por si esto fuera poco, la crisis económica y su impacto en la estabilidad del euro han afectado mucho en la desafección hacia Europa y ello dificulta la aparición de una voluntad y una identidad europea cohesionadas. A su vez, la ampliación a nuevos países complica todavía más una mayor coherencia política y social. Por tanto, hoy por hoy, la identidad europea es más un proyecto de futuro que una realidad.

La pregunta es ¿y cómo se consigue hacer realidad ese proyecto? Lo cierto es que no es tarea fácil, pero soy optimista y tengo claras un par de ideas:

- En primer lugar, la identidad europea no puede estar basada en la homogeneización cultural y lingüística de sus ciudadanos, sería un gran error. La identidad europea ha de basarse en la conciencia compartida de pertenecer a un espacio económico y político definido por el bienestar social, por el respeto a los derechos humanos, por la democracia, la libertad, la prosperidad, el progreso, la justicia social... Estos son los pilares de una identidad europea, los valores que hemos de recuperar.
- En segundo lugar, no se puede pretender que la identidad europea se sienta como las identidades nacionales, sencillamente porque la UE no es un Estado-nación ni una nación sin Estado, sino un nuevo tipo de institución política nacida de un contexto sociopolítico y económico marcado por la globalización. El vínculo emocional que los ciudadanos conservan con el Estado-nación o con su identidad regional, étnica o local es más fuerte y es, simplemente, distinta.

En mi opinión, la aparición de una identidad europea requiere de tres condiciones:

1. Voluntad de nuestros representantes de construir un proyecto común para el futuro, una visión que englobe progreso socioeconómico, compromiso con la democracia liberal y la determinación de superar las diferencias entre los miembros.
2. La UE ha de avanzar en la formulación de una política exterior común y ha de ser más resolutive, más valerosa a la hora de desarrollar políticas que pueden no ser del gusto de sus aliados.
3. Ha de ser valiente también a la hora de gestionar el reto que supone la convivencia pacífica entre distintas culturas.

Asimismo, hay deberes para nosotros, los ciudadanos europeos. De hecho, hemos visto que el impulso hacia la unidad europea provino de organismos privados, no gubernamentales. Por otro lado, estamos atravesando un momento de crisis y como todo momento de crisis (ya hemos visto lo que sucedió tras la Primera y la Segunda Guerra Mundial) es un momento oportuno para potenciar un sentimiento de mayor unidad. ¿Cómo? A través de la educación de los más pequeños y de nuestros jóvenes, tenemos que buscar, potenciar y transmitir esos valores, esos puntos comunes, esa identidad cultural pero no para lograr una homogeneización impuesta; más bien al contrario, potenciando las diferencias entre nosotros y enriqueciéndonos con el aporte de las personas que llegan a Europa obligados por la situación de sus países de origen.

Aurkezpena bukatzeko lehen aipatutako Landaburuk 1949an idatzitako esaldi bat dakarkizuet. Uste dut esaldi honek primeran laburtzen duela nik gaurkoan igorri nahi nizuen mezua. Honela dio Landaburuk: “(...) *si el corazón está ausente, la Europa no será más que una abstracción, aceptada por sociólogos y políticos, pero indiferente a las masas*”. Bai asmatu ere Landaburuk! Bueltatu gaitzen bada oinarrietara, hasierara, eta ordezkatu dezagun Europak daukan taupada-markagailua benetako bihotzgatik. Gure esku ere badago. Mila esker.